

Reseña

Daniel Dennett (2007):
Romper el hechizo; la religión como fenómeno natural
Buenos Aires. Katz Editores. 509 pp.

Por José Julián Martínez
(Universidad Central de Venezuela)

El hechizo que hay que romper, según Dennett, es el de una idea que se ha alojado en nuestro organismo como una especie de parásito: la idea de Dios. En su carácter de bicho que se alimenta de nuestras entrañas, esa idea y todas las religiones son un fenómeno habitual. No vienen de otro mundo y están lejos de relacionarse con entes *sobrenaturales*. Por el contrario, forman parte de un proceso que incluye individuos de varias especies, interacciones, elementos físicos, leyes biológicas y físicas, etc. Nada más común y terrestre que un organismo que vive a costa de otro. Lo mismo que el cáncer, la creencia en Dios y las religiones son fenómenos naturales.

Sin duda no es el mejor libro de este pensador norteamericano. De hecho puede resultar a ratos pesado y repetitivo. Sin embargo la tesis que se defiende en sus páginas es tan polémica como relevante para la discusión filosófica del siglo XXI. A lo largo del texto se sostiene que la tara de las religiones es una desgracia ignorada por la gran mayoría de las sociedades. Sencillamente se la viene heredando sin ser puesta en tela de juicio. Dennett plantea que, de manera similar, en los años cuarentas el humo del cigarrillo aparecía por todas partes y en las bocas más insólitas (incluidas mujeres embarazadas) y nadie decía mucho. Los pocos que llegaban a mostrar preocupación al respecto eran víctimas de burlas generalizadas. Después de todo, como dice Laurence Moore en uno de los epígrafes del libro, “nadie se atreve a sugerir que los avisos de neón que muestran el mensaje de ‘Jesús Salva’ pueden ser publicidad engañosa”.¹ Para nuestro filósofo los que se ríen de las personas que censuran la actividad religiosa en los niños, son como

¹ Citado en Daniel Dennett, *Romper el hechizo...* p. 315.

los que veían con total naturalidad a un padre fumando a cuarenta centímetros de los pulmones de su bebé.

Permítanme transcribir unas líneas de Dawkins que Dennett emplea para apoyar su argumento:

Nos horroriza que nos hablen de un niño leninista, de un niño neoconservador o de un niño monetarista hayekiano. Entonces, ¿no es una especie de abuso infantil hablar de un niño católico o de un niño protestante? ¿no lo sería especialmente en el norte de Irlanda y en Glasgow, donde dichas etiquetas, que pasan de generación en generación, han dividido a barrios enteros durante siglos e incluso pueden conducir a una muerte garantizada?²

Quizá sin percatarnos de ello, estemos perpetrando barbaridades que dentro de un siglo o dos nos parecerán tan obvias como condenables. Tal vez con algo tan *sagrado* como nuestros propios hijos, estemos cometiendo atropellos imperdonables de los que no somos conscientes, porque nos encontramos a años luz de hacernos este tipo de preguntas: “¿no es una especie de abuso infantil hablar de un niño católico o de un niño protestante?”

El libro también pone el ejemplo de la homosexualidad. Durante algunos siglos recientes en todo el planeta tierra se asumía que la homosexualidad era una aberración. Esto fue así hasta hace muy poco. Y ahora no es que el panorama haya cambiado de forma radical, pues en el corazón de algunas personas y sociedades todavía asoma el prejuicio contra el modelo homosexual, pero al menos existe la discusión al respecto e incluso leyes que defienden a estas minorías. Varias décadas tuvieron que pasar para que en la televisión aparecieran parejas homosexuales haciendo su vida cotidiana como cualquier vecino de casa. Sin embargo, incluso hoy en día, poquísimas personas dudan de que ser llamado “homosexual” sea un insulto. Cuando los seres humanos no vemos, sencillamente no vemos. Si una “verdad” está arraigada en nuestras mentes y en nuestros ojos, entonces esa “verdad” será la que veamos a pesar de que la realidad (y una más elevada racionalidad) digan algo distinto.

Se trata de un reto y de un punto de vista alternativo. Dennett nos sugiere que la imagen de un niño identificado con la religión que profesa la familia,

² Ibid., p. 373.

equivale más o menos a que etiquetáramos a nuestros pequeños congéneres “desde su nacimiento, como si fueran jóvenes *fumadores* o niños *bebedores* en virtud de que sus padres fuman o beben”.³

Ahora bien, ¿de dónde vienen estas creencias atávicas? ¿Por qué vía el parásito del prejuicio en contra o a favor de algo anida en nosotros? ¿Cómo es que asumimos una cotidianidad barbárica con tanta naturalidad?

Una vez más Richard Dawkins, a quien Dennett le debe mucho intelectualmente hablando (y como se ve este libro no es una excepción), brinda su aporte y propone una repuesta al problema de la transmisión de información (tanto útil como pernicioso): los memes. O sea, unidades multiplicadoras. En teoría los diseños sociales se transmitirían a través de memes, que no son otra cosa que replicadores de ideas y conductas de una cultura determinada. Estos diseños –al igual que los diseños genéticos– no poseen un *thelos* explícito claramente conocido por los individuos de la especie. Por el contrario, la función del diseño puede ser independiente de los portadores de memes, de la misma manera que una abeja no sabe que su búsqueda de comida ayuda a la polinización de las flores. Se trata básicamente de *replicación diferencial*. Cuando la reproducción del diseño sufre una mutación que mejora las posibilidades de supervivencia, entonces se sigue por ese camino. Si las religiones monoteístas tienen más oportunidades de sobrevivir que las politeístas, entonces comenzará a replicarse la creencia en un sólo Dios. Mas todo esto no sería obra de un genio manipulador, sino consecuencia de la dinámica de la vida social. Y aunque por supuesto puede haber manipuladores genéticos y sociales, los hechos se siguen en general sin una planificación previa. Una cosa va llevando a la otra. Nuestra creencia en Dios ha sucedido como un juego de fuerzas que no fue dictado por una mente maestra, sino que surgió como parte de la herencia social humana. Es algo parecido a lo que ocurre con los próceres de la independencia. Si los políticos de turno pueden usarlos para manejar las cosas a su favor, es sólo porque los memes del mito patriótico ya habían sido heredados por los ciudadanos.

Ante tal panorama la tarea es cobrar conciencia de nuestro legado religioso y decidir si nos conviene o no, si los memes de la idea de Dios nos están usando para algo ajeno a nuestros intereses y sólo están actuando como un parásito

³ Ibid., pp. 373-74.

que busca sobrevivir a costillas nuestras. Hay una gran diferencia entre rezar por la curación de alguien y tener la medicina para poner manos a la obra. No es lo mismo esperar a que Dios venga en nuestro auxilio, que responsabilizarnos por nuestras vidas. Cristo es más interesante como ejemplo mitológico del cual aprender algunas cosas, que como figurita mágica y protectora. Siguiendo con la línea darwiniana que le caracteriza, Dennett piensa que, atendiendo el mandato de evolucionar, debemos renunciar al eterno teísmo. Desplegar las alas implicará desamarrar las ataduras religiosas que nos mantienen sutilmente en la prehistoria. Pero la tarea no es fácil. El cambio es abismal, algo parecido –en su momento– a dejar de creer que la Tierra es plana o que nuestro planeta es el centro del Universo. En todo caso, según Dennett, no se trata sólo de gustos o inofensivas creencias: podríamos estar fumando al lado de la cuna del bebé sin darnos cuenta.